



**LOS MUCHOS  
MUNDOS DE  
POUL ANDERSON**

**II**

Esta recopilación de cuentos y novelas cortas de Poul Anderson muestra ante todo la muy notable variedad de los temas y métodos narrativos de quien es sin duda uno de los maestros de la ficción científica contemporánea. Aunque se considera por lo general que Anderson es indiscutiblemente inimitable en las narraciones «épicas» —batallas galácticas, conflictos que atañen a constelaciones enteras, largos viajes en el tiempo— muchos de los relatos reunidos en estas páginas muestran también la extraordinaria inventiva del autor cuando se trata de describir, por ejemplo, la naturaleza de una planta o la composición de una atmósfera insólita, o los problemas de un hombre común.

## El viaje más largo

Cuando por primera vez oímos mencionar la Nave del Cielo estábamos en una isla cuyo nombre, según el idioma montaliriano es capaz de pronunciarlo, sonaba algo así como Yarik. Eso fue casi un año después de que el *Saltador Dorado* zarpara de Ciudad Lavre, y juzgamos que habíamos llegado a medio camino alrededor del mundo. Tan sucia de algas y caracoles estaba nuestra pobre carabela que todas sus velas apenas conseguían arrastrarla por el mar. La escasa agua potable que nos quedaba, se había puesto verde y maloliente en los toneles, las galletas estaban llenas de gusanos y los primeros síntomas de escorbuto habían aparecido ya entre la tripulación.

—Riesgo o no riesgo, debemos tocar tierra en algún lado —sentenció el capitán Rovic.

Según recuerdo, un brillo maligno apareció en sus ojos, y acariciándose la barba roja murmuró:

—Además, hace mucho que hemos preguntado por las ciudades áureas. Quizás esta vez alguien pueda darnos referencias de ese lugar.

Murmuraciones de motín volvieron a recrudecer mientras atravesábamos la vasta inmensidad, siempre hacia el oeste en ese planeta ogro que día a día parecía dilatarse ante nosotros. Con toda conciencia no podía culpar a los tripulantes. Imaginen, mis señores. Día tras día nada veíamos más que aguas azules, espuma blanca, altas nubes en un cielo tropical; escuchábamos sólo el viento, el bramar de las olas, el crujir del maderamen; a veces, por la noche, un gran remolino y la embestida del agua al acercarse un

monstruo marino. Estas cosas eran bastante terribles para simples marineros analfabetos que aún creían que el mundo era plano. Pero, además, tener a Tambur colgado siempre del palo mayor, y trepando por él para que todos pudiéramos ver que tarde o temprano debíamos pasar bajo esa siniestra cosa, y... ¿Qué lo mantenía arriba? (murmuraba la tripulación en el castillo de proa). La ira de Dios, ¿no le haría caer sobre nosotros?

De manera que una delegación esperó al capitán Rovic. Muy tímidos y respetuosos se dirigieron a él esos hombres toscos y corpulentos mientras le pedían que alterara el rumbo para regresar. Pero el resto de sus camaradas se había congregado abajo, los cuerpos musculosos y tostados por el sol muy tensos, apenas cubiertos por sus faldillas harapientas con dagas y punzones a mano. Mientras tanto, nosotros los oficiales estábamos en el alcázar, y empuñábamos espadas y pistolas, es cierto. Pero éramos en total apenas unos seis, incluso ese niño asustado que entonces era yo, y el viejo Froad, el astrólogo, cuya toga y barba blanca inspiraban respeto pero que no servían de mucho en la pelea.

Rovic permaneció mudo largo rato después que el portavoz hubo anunciado las demandas. El silencio aumentó hasta que se oyó únicamente el chillido del viento en nuestras velas y el brillo vacío del océano hasta el borde del mundo era todo lo que se veía. Nuestro amo lucía en todo su esplendor; al saber que venía la delegación se había adornado con medias escarlatas y zapatos con cascabeles en las puntas; asimismo, su yelmo y corselete brillaban como espejos bajo el sol. En torno a su cabeza enmarcada de acero se agitaban penachos de plumas, los diamantes de sus dedos competían con el brillo de los rubíes en el mango de su espada. Sin embargo, cuando por último habló, no lo hizo como un caballero de la corte de la reina, sino en el tosco dialecto de su niñez de pescador.

—¿... y queréis volver atrás, mozalbetes? Con buen viento y sol caliente, ¿pensáis salir trotando a través de medio mundo? ¡Qué distintos sois de vuestros padres...! ¿Habéis oído alguna vez la leyenda de que antes las cosas se hacían según el deseo del hombre, y que por culpa de un perezoso ahora no nos queda otra alternativa más que trabajar? Pues bien, el holgazán llegó al extremo de pedirle a su hacha que cortara un árbol por él y pidió al manojito de leña que se fuera solo a casa, pero cuando quiso que también lo llevara a él, la ira de Dios fue tan grande que le quitó el poder. Aunque, en su gran misericordia, a todos los perezosos como él les dio la gracia de tener suerte en el mar, los dados y el amor. ¿Qué más queréis, mozos?, os pregunto yo.

Aturrullados por la respuesta, el portavoz se retorció las manos y miró con rubor hacia el puente. Logró tartamudear que todos perecerían miserablemente... de hambre, de sed, se ahogarían o quedarían aplastados bajo la horrible luna, o navegarían hasta llegar al borde mismo del mundo... El *Saltador Dorado* había llegado más allá que ningún otro barco desde la caída del hombre... «Y si volvemos ahora, nuestra fama vivirá por siempre».

—Pero yo te pregunto: ¿podéis comeros la fama, acaso? —dijo Rovic en un tono que aún era suave y sonriente—. Hemos tenido luchas y tormentas, sí. Y tiempos alegres, también, ¡pero al diablo si hemos visto las ciudades áureas, aunque todos sabemos que están por estos lugares, llenas de tesoros para el primer hombre atrevido que ponga en ellas la planta! ¿Qué corroe tus entrañas mozo? ¿No es ésta una navegación fácil? ¿Y que dirán de nosotros los extranjeros? ¿Permitiréis que los arrogantes caballeros de Sathayn, los grimosos pordioseros de Woodland se rían de nosotros por haber vuelto?

Así jaraneaba con ellos. Sólo una vez llevó la mano a la espada, como distraído, cuando recordó como había domado al huracán de Xingu. Pero ellos recordaron el motín

que siguió a aquel suceso y como la misma espada había traspasado a tres marineros que lo atacaron juntos. En su dialecto les había dicho que olvidaría todo lo pasado si ellos hacían otro tanto. Les hizo impúdicas promesas de juegos entre salvajes lascivos aún por descubrir, recitó leyendas de tesoros, apeló a su orgullo de marinos y de montalirianos, aplacó los miedos. Y al final, cuando los vio más maleables, dejó el tono campechano. Se adelantó en el alcázar con el yelmo ardiente y las plumas flotando mientras la bandera de Montalir agitaba sus colores desteñidos por el mar, encima de sus cabezas, y entonces, hablando como un caballero de la reina dijo:

—Bien sabéis que no tengo intención de volver hasta que hayamos circundado el gran globo y podamos regalar a Su Majestad el presente que es de nuestro exclusivo derecho otorgarle; que no es oro ni esclavos, ni tampoco la ciencia de lugares lejanos que ella y la Compañía de Mercaderes Aventureros desea conocer. No, lo que levantaremos en nuestra mano ese día que volvamos a pisar los largos muelles de Lavre será nuestra hazaña: la de haber hecho lo que ningún hombre osara en todo el mundo hasta entonces, y hacerlo para gloria de ella.

Permaneció inmóvil durante un rato, rodeado del silencio que sólo quebraban los ruidos del mar. Después tranquilamente, agregó:

—Tenéis mi permiso.

Y girando sobre los talones volvió a su cabina.

Así continuamos algunos días más; la tripulación sumisa pero no taciturna, los oficiales cuidándose bien de ocultar sus dudas. Por mi parte estaba muy ocupado, no tanto con las tareas administrativas por las que se me pagaba o por estudio de la capitanería del que era aprendiz —entre ambos no daba para mucho por entonces— sino como asistente de Froad, el astrólogo. Los climas templados eran propicios

para desarrollar su tarea aún a bordo de un barco. A él poco le importaba que nos hundiéramos o pudiéramos nadar; ya había vivido su buena porción de vida, de todas maneras. En cambio, le preocupaba la certeza de ganar el cielo desde aquí. Muchas noches era posible verlo en la cubierta de proa con su cuadrante, astrolabio y telescopio; bañado por la claridad celestial tenía todo el aspecto de un santo de barba blanca.

—Mira aquí, Zean.

Su mano huesuda señalaba por encima del mar resplandeciente y ondulante de luz, más allá del cielo violáceo y las pocas estrellas que se atrevían a asomar, hacia donde estaba Tambur. A medianoche, en su faz llena, era enorme y se extendía sobre siete grados de cielo, escudo de suave azul y verde salpicado de negro furioso que parecía cruzarle la cara. Esa luna luciérnaga que habíamos llamado Siett parpadeaba cerca del borde brumoso del gigante. Balant, que raras veces asomaba en nuestra parte del mundo, estaba ahora alto, afilada medialuna cuya parte oscura tenía la incandescencia del luminoso Tambur.

—Observa —declaró Froad—. No cabe duda alguna: uno puede ver como rota el eje y las tormentas que hierven en su aire. Tambur ha dejado de ser una pálida leyenda o una terrible aparición que se ve levantar cuando entramos en aguas desconocidas: Tambur es muy real. Un mundo como el nuestro, inmensamente más grande, es cierto, pero asimismo un esferoide en el espacio en torno al cual se mueve nuestro mundo, presentando siempre el mismo hemisferio al monarca. Así, las elucubraciones de los antiguos quedan triunfalmente confirmadas. No sólo en cuanto a que nuestro mundo es redondo... bah, eso resulta obvio, pero que nos movemos con respecto a un centro mayor que, a su vez, tiene un recorrido anual alrededor del sol. Pero entonces, ¿qué tamaño tiene el sol?

—Siett y Balant son satélites internos de Tambur, mientras que Vieng, Darou y las otras lunas que vemos común-

mente en nuestras tierras tienen órbitas fuera de nuestro propio mundo, sí —me atreví a decir, luchando por comprender—. ¿Pero qué los mantiene en lo alto?

—Eso no lo sé. Tal vez la esfera de cristal que contiene las estrellas ejerza cierta tensión interior... Quizá la misma presión que arrojó a la humanidad sobre la Tierra en la época de la caída del Paraíso.

Aunque la noche era cálida tuve un escalofrío, como si tratara de estrellas invernales.

—Entonces —dije, conteniendo el aliento—, también puede haber hombres en... Siett, Balant, Vieng... ¿En Tambur también?

—Quién sabe... Necesitaríamos más de una vida para averiguarlo. ¡Y qué vidas tendrían que ser! Gracias a Dios, Zean, has nacido en esta alborada de la nueva era.

Después de decir esto Froad volvió a ocuparse de sus mediciones, aburrida tarea, según opinaban los demás oficiales. Pero para entonces yo había aprendido bastante del arte de las matemáticas para comprender que de estas largas y pacientes tabulaciones podía deducirse el verdadero tamaño de la Tierra, de Tambur, del sol, las lunas, y estrellas: el camino que seguían a través del espacio y la dirección en que se encontraba el Paraíso. De manera que los marineros rasos que murmuraban y hacían señas contra el demonio cuando pasaban junto a nuestros instrumentos estaban más cerca de la verdad que los caballeros de Rovic... Por cierto que Froad era poseedor de una ciencia poderosa.

Por fin empezamos a ver hierbas flotantes, algunos pájaros, altas masas de nubes; todas señales de la proximidad de tierra. Tres días más tarde se alzó una isla ante nuestros ojos. Era de un intenso color verde bajo esos cielos en calma. El oleaje, mucho más violento que en nuestro hemisferio, chocaba contra altos acantilados, estallaba en pena-



chos de espuma y rugía de regreso mar adentro. Costeamos con cuidado, los vigías en alto, los artilleros cerca del cañón con mechas encendidas. Pues no sólo había allí corrientes desconocidas y cayos peligrosos —azares comunes para el marinero—, en el pasado habíamos tenido encuentros con caníbales que navegaban en canoas. Pero sobre todas las cosas temíamos los eclipses. Mis señores tendrán idea de cómo en tal hemisferio cada día el sol debe ir detrás de Tambur. En esa longitud solía ocurrir a eso de la media tarde, y duraba casi diez minutos. Era un espectáculo aterrador; el planeta principal —así lo llamaba ahora Froad, un planeta emparentado con Diell o Coint, que había humillado al nuestro hasta convertirlo en mero satélite de sí mismo—, se transformaba en un disco negro circundado de rojo, remontado en un cielo súbitamente lleno de estrellas. Un viento frío soplaba por el mar y hasta los rompientes parecían callarse. Y sin embargo, tan atrevida es el alma del hombre que continuábamos nuestras tareas deteniéndonos apenas para una breve oración mientras el sol se ocultaba, más preocupados por los peligros de naufragio en la oscuridad que por la majestad de Dios.

Tan brillante es Tambur que pudimos continuar avanzando en nuestro camino alrededor de la isla durante la noche. Mantuvimos al *Saltador Dorado* moviéndose siempre lentamente durante doce fatídicas horas, de amanecer en amanecer. Hacia el segundo mediodía la persistencia del capitán Rovic encontró su recompensa. A través de una brecha en los acantilados pudimos ver un largo fiordo. Los árboles de agua salada que crecían en esas playas fangosas indicaban que si bien la marea era alta en la bahía, no se trataba de un marasmo peligroso, tan temido por los marineros. Como teníamos el viento en contra plegamos las velas y bajamos los botes, remolcando nuestra carabela con la fuerza de los remos. Era un momento de gran suspenso, especialmente desde que percibimos una aldea en el fiordo.

—¿No deberíamos hacernos ver, maestro, y permitir que se acerquen a nosotros? —me atreví a decir.

Rovic escupió por encima de la baranda.

—He descubierto que lo mejor es demostrar que no se duda —dijo—; si nos saliera al asalto una flotilla de canoas les mandaríamos una vaharada de metralla confiando asustarlos un poco. Pero creo que mostrándoles desde el principio que no les tememos evitaremos después una emboscada traicionera.

Resultó que estaba en lo cierto.

Después de un tiempo descubrimos que habíamos dado con el extremo oriental de un gran archipiélago. Considerando que sólo tenían primitivas piraguas, los habitantes demostraban ser atrevidos navegantes, aunque sus embarcaciones alcanzaban a veces treinta metros de largo. Provisitas de cuarenta remos o con tres mástiles, podían alcanzar casi nuestra velocidad y eran más fáciles de maniobrar. Pero el poco espacio de que disponían para carga limitaba la extensión de sus viajes.

Aunque habitaban casas de madera y paja y se servían de herramientas de piedra, los nativos eran un pueblo avanzado. Sembraban y también pescaban, y sus sacerdotes tenían un alfabeto propio. Altos y vigorosos, más oscuros y menos velludos que nosotros, tenían un aspecto impresionante, ya estuvieran desnudos, como era común, o con toda su vestimenta de tela y plumas y ornamentos de conchas. Habían construido un imperio bastante poderoso en todo el archipiélago, hacían incursiones en las islas que se hallaban más al norte y tenían un activo comercio dentro de sus propias fronteras. Toda la nación recibía el nombre de Hisagazi y la isla donde habíamos desembarcado era Yartzik.

Tardamos un poco en enterarnos de esto, hasta haber aprendido los rudimentos de su lengua. Porque estuvimos varias semanas en el pueblo. Guzan, el duque de la isla, nos dio la bienvenida y nos proporcionó comida, alojamien-

to y la asistencia que necesitáramos. Por nuestra parte, tratamos de complacerles con objetos de vidrio, piezas de tela y otras mercancías de cambio. Sin embargo, tropezamos con muchas dificultades. Para empezar, más arriba de la marca de marea alta la costa era tan cenagosa que un navío tan pesado como el nuestro no podía atracar en ella y tuvimos que construir un dique seco antes de carenar. Además, muchos de nuestros hombres contrajeron cierta enfermedad, y aunque todos se recuperaron al debido tiempo, esto nos demoró aún más.

—Sin embargo, creo que estos problemas serán una bendición —me dijo Rovic una noche.

Cuando se dio cuenta de que yo era un amanuense leal, tomó por costumbre confiarme alguno de sus pensamientos. El capitán es siempre un hombre solitario, y Rovic, pescador de niño, saqueador, navegante autodidacta, victorioso contra la flota de Sathayn y ennoblecido por la misma reina, debe haber encontrado difícil mantenerse apartado de los demás en mayor medida que un caballero de nacimiento.

Yo esperaba en silencio. Una lámpara de esteatita irradiaba una luz vacilante y enormes sombras sobre los dos. Algo rascó la paja. Afuera, el terreno húmedo formaba un declive más allá de las casas levantadas sobre zancos y frondosos árboles murmurantes, hasta llegar al fiordo bajo el brillo de Tambur. Me llegaron los ecos de tambores, un canto y el golpeteo de pies quizá en torno a una hoguera de sacrificio. ¡Qué lejos estaban las frescas montañas de Montalir!

Rovic, vestido con la mera faldilla que usaban los marinos en lugares calurosos, inclinó su cuerpo musculoso. Había hecho que le trajeran del barco una silla como Dios manda.

—Pues verás, joven amigo —continuó diciendo—; en otros tiempos habríamos establecido la comunicación necesaria para preguntar por el oro. Bien, creo que tenemos

que aprovechar también para averiguar ciertos datos de navegación. Pero así y todo, no creo que les saquemos mucho más que la vieja historia: «Sí, amo extranjero, existe en realidad un reino donde las calles están pavimentadas de oro... A unas cien millas hacia el oeste...». Cualquier cosa con tal de librarse de nosotros, ¿ves? Pero nuestra prolongada estancia me ha permitido interrogar con más sutileza al duque y a su sacerdote. He sido tan tímido al hablar de donde veníamos y todo lo que ya sabemos, que han dejado escapar una pepita de conocimiento que no habrían arrojado ni bajo pena de tormento.

—¡Las ciudades áureas! —exclamé.

—¡Shhh! No quiero que la tripulación se excite y se salga de sus casillas. Todavía no.

Su rostro apergaminado en que se destacaba la gran nariz ganchuda, adoptó una expresión extraña cuando se adentró en su pensamiento.

—Siempre creí que esas ciudades no eran más que cuentos de viejas —dijo.

Mi sorpresa no pasó inadvertida a su aguda mirada, pues sonriendo me dijo:

—Un cuento útil..., como una piedra imán atada a un palo que nos arrastra alrededor del mundo.

Su alegría se disipó y volvió a adoptar esa expresión no muy diferente de la de Froad cuando observaba el firmamento.

—Sí, por cierto que también quiero el oro, pero si en este viaje no lo encontramos, no me importará. Con sólo capturar algunas naves de Eralia o Sathayn cuando estemos en aguas conocidas, ya habré pagado por el viaje. Aquel día en el puente dije la pura verdad Zean: que este viaje era un objetivo en sí. Hasta que pueda darle a la reina Odela el agradecimiento por el beso que me hizo noble.

Pero sacudiendo ese momento de nostalgia, cambió a un tono más chispeante:

—Haciéndole creer que sé más de lo que en realidad sé, he logrado sonsacar al duque Guzan algo que apenas me atrevo a pensar: en la isla principal del imperio Hisagazi hay algo maravilloso. Según él se trata de una nave de los dioses, con un dios de verdad que llegó de allende las estrellas. Cualquier nativo sabe lo mismo. El secreto, sólo conocido por personas más nobles, es que no se trata de cuentos de viejas ni leyendas, sino de un hecho real. Al menos eso dice Guzan. No sé qué pensar... Lo cierto es que me llevó hasta una cueva y me mostró un objeto de esa nave. Según creo se trata de un mecanismo parecido a un reloj. ¿Que es? No lo sé. Pero era un metal plateado y brillante como no he visto igual. El sacerdote me desafió a que lo rompiera. El metal no era muy pesado, y debe ser delgado también, pero melló mi espada, astilló una roca con que lo golpeé y no conseguí rayarlo con el diamante de mi anillo.

Hice una señal contra el demonio. Un escalofrío me estremeció el espinazo y me erizó la piel y los cabellos. Empecé a sentir picazón por todo el cuerpo. Los tambores seguían batiendo en la oscuridad de la selva y las aguas parecían de mercurio bajo el brillo de Tambur, y todas las tardes ese planeta se comía al sol. ¡Oh, por las campanas de Provien, que cada día se me hacen más lejanas!

Cuando el *Saltador Dorado* volvió a ser marinero, Rovic no tuvo dificultad para visitar al emperador de Hisagazi en la isla principal. Al contrario, habría tenido más dificultad en no hacerlo. Para entonces las canoas habían llevado la noticia de nuestra presencia desde un extremo al otro del reino y los grandes señores estaban ansiosos por ver a los extranjeros de ojos azules. Bien cuidados y contentos una vez más, nos despedimos de los brazos de mozas morenas y nos embarcamos. Ancla arriba, velas al viento, los ecos de nuestros cantos hacían arremolinarse a las aves marinas y así nos hicimos a la mar. Pero esta vez íbamos acompaña-

dos. Guzan, un hombre corpulento de edad mediana era nuestro piloto. Su cuerpo no estaba demasiado surcado por los tatuajes escarlata y violeta que ostentaba su pueblo. Varios de sus hijos habían tendido su jergón en la cubierta y un enjambre de guerreros remaba a ambos lados.

Rovic reclamó la presencia del contramaestre Etien en su cabina.

—Eres un hombre de entendimiento —le dijo—, y a ti te encargo mantener alerta a la tripulación, las armas listas y el oído aguzado por más pacífica que parezca esta empresa.

—¡Pero maestro...! —El rostro oscuro y curtido se aflojó consternado—. ¿Crees que los nativos traman alguna traición?

—¡Quién lo sabe! —exclamó Rovic—. Ahora, sé estricto con la tripulación. No tienen arte para disimular. En caso de que el miedo o la avaricia se apoderen de ellos, los nativos no dejarían de notarlo y estarían intranquilos, lo que empeoraría la disposición de nuestros hombres hasta que nadie sino la misma Virgen podría decir qué va a suceder. Solamente ocúpate, como quién no quiere la cosa, de que nuestras armas estén siempre dispuestas y los hombres no se separen.

Etien volvió al sosiego y, haciendo una inclinación de cabeza, salió de la cabina. Osé preguntar a Rovic qué tenía en mente.

—Nada, todavía —dijo—; sin embargo, he tenido en mis manos una pieza de relojería tal que el Gran Ban de Giair no la ha imaginado siquiera; he oído cuentos chinos de una nave que bajó del firmamento trayendo un dios o un profeta. Guzan cree que yo sé más de lo que en realidad conozco y espera que seamos un nuevo elemento perturbador en el equilibrio de las cosas para poder favorecer sus propias ambiciones. No fue por accidente que traje todos estos guerreros. Y en cuanto a mí... Tengo intención de saber mucho más con respecto a esto.

Permaneció un rato sentado a la mesa, contemplando un rayo de sol que segaba el enmaderamiento arriba y abajo siguiendo los movimientos del barco. Por último agregó:

—Las Escrituras nos dicen que el hombre moró más allá de las estrellas antes de la Caída. Los astrólogos de las últimas generaciones nos han dicho que los planetas son cuerpos semejantes a la Tierra. Un viajero desde el Paraíso...

Salí con la cabeza embarullada.

Tuvimos una fácil navegación entre numerosas islas. Después de varios días llegamos a la principal: Ulas-Erkila. Tiene unos cien kilómetros de largo y apenas cuarenta en la parte más ancha, y se levanta verde y escarpada, hacia montañas centrales dominadas por un volcán cónico. El pueblo Hisagazi adora a dioses de dos tipos: el del agua y el del fuego; creo que el monte Ulas alberga al segundo. Cuando contemplé el pico cubierto de nieve flotando en el cielo por encima de arrecifes esmeralda y manchando el azul con humo, comprendí lo que hacían los paganos. Entre ellos, el acto más sagrado que puede ejecutar un hombre es arrojarse en el cráter hirviente del Ulas, y muchos guerreros ancianos son llevados hasta las montañas para que puedan hacerlo.

No permiten que las mujeres asciendan por las cuestas.

La sede real es Nikum, situada en la cabeza de un fiordo similar al de la aldea donde habíamos estado. Nikum, rica y extensa, es mas o menos del tamaño de Roan. Muchas casas son de madera, en vez de paja, y hay un gran templo de basalto en el tope de un acantilado, desde el cual se ve la ciudad con sus jardines, la selva y las montañas que la rodean. Los hisagazinos han construido aquí un par de muelles como los de Lavre, aprovechando los troncos de grandes árboles que tienen a su alcance; de esta manera no están obligados a esperar la subida y bajada de las mareas, como en otros puertos del mundo. Nos ofrecieron una dár-